

Cuestiones religiosas, de Cicerón

■ Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*

Libro I, 117

¿Qué razón hay entonces para que veneremos a los dioses en virtud de la admiración que debería despertar en nosotros su presunta naturaleza en la cual no conseguimos percibir nada de extraordinario?

En efecto, es fácil liberarse —y nos enorgullecemos de ello— del temor supersticioso, una vez que suprimimos el poder divino; [...] Las opiniones de todos estos (filósofos) no se limitan a eliminar la superstición que conlleva un inconsistente temor de los dioses, sino también la religión, que consiste en una pía devoción hacia la divinidad.

Libro III, 94

[...] Mi discusión contigo tiene que ver con la defensa de los valores más profundos de la religión y de la familia, de los templos y de los santuarios de los dioses y de las murallas de la ciudad que vosotros, los pontífices, consideráis sagrados; por lo que os dedicáis con mayor interés en defender la ciudad con el sentimiento religioso que con fortificaciones. Son valores que yo tendré mientras viva, y considero impío renunciar a ellos.

■ Cicerón, *Sobre la adivinación*

Libro II, 148

Rechácese también, por lo tanto, la adivinación basada en los sueños, al igual que el resto de las prácticas adivinatorias, puesto que, hablando con verdad, la superstición, difundida entre los seres humanos, ha oprimido los ánimos de casi todos y ha sacado provecho de la debilidad humana. Lo he dicho en mi obra *Sobre la naturaleza de los dioses* y allí he tratado con más detalle este tema. Pensé que habría logrado un gran placer para mí mismo y para mis compatriotas si hubiese conseguido destruir la superstición desde sus cimientos. Pero, por otra parte (y esto quiero que se entienda y se pondere), eliminando la superstición no se elimina la religión.

Sobre todo es necesario para cualquiera que sea sabio defender las instituciones de nuestros antepasados manteniendo en vigor los ritos y las ceremonias; además, la belleza del universo y la regularidad de los fenómenos celestes nos obliga a reconocer que hay una poderosa y eterna naturaleza, y que el género humano debe alzar la mirada a ella con veneración y admirarla.

Libro II, 149

Por eso, como también es necesario esforzarse para difundir la religión que va unida con el conocimiento de la naturaleza, así también es necesario arrancar todas las raíces de la superstición.